

Zenón Cevallos, un gaucho

por

Norberto Peci

Anocheecía y el olor a la muerte rondaba la zona. Zenón Cevallos se preguntaba si ese accidente tan tonto, tan trivial, marcaría su suerte ¿Qué había pasado? ¡Había zafado de tantas otras...! Pero no abandonaba las esperanzas. Salvaría a sus ovejas.

El gaucho era viejo. Una campera lo abrigaba desde los pies hasta el cuello. Grandote y macizo, siempre había estado dispuesto a realizar cualquier faena: esquilarse, tropear vacas, conchabarse en una estancia, levantar paredes, acomodar galpones... Hombre solitario, vio su vida pasar por su mente ¿De qué le había servido su ascética conducta, el trabajo diligente, el respeto al prójimo, beber con moderación, cumplir con la palabra dada? De mucho. Seguiría luchando.

Sentado, su rostro arrugado y tostado por los rayos de tantos soles, palidecía. Con la cabeza enhiesta y el chambergo acomodado hacia atrás, mostraba la frente altiva, cubierta con un pañuelo. Las bombachas estiradas ocultaban sus piernas largas.

–Todo va a estar bien- se repetía el gaucho.

¿Qué había pasado? Campera, chaleco y poncho estaban teñidos de un líquido rojo, ya seco. Llevaba un penoso arreo de un lote de ovejas, que lo había visto transitar durante una semana y tres días desde las tierras altas, hasta la estancia “Kylan”, unas leguas al sur del Cabo Ewan. En el trayecto, su caballo había trastabillado, y el paisano había caído sobre un tronco de cardón inusualmente puntiagudo que le alcanzó el bazo. Justo allí, en la fría cordillera que no perdona.

Volvió a decirse: -Carajo, ¡he salido de tantas cuitas...! ¿Y ahora esto?-

A su lado estaban sus fieles compañeros. Uno era el Negro, su caballo. De potrillo lo había criado al Negro, y nunca, desde que lo vio por primera vez hace tantos años, se habían dejado. Era bueno el Negro. El otro era el Manchado, un perro medio ovejero, medio raza perdida, muy bueno para el arreo.

Ahora estaba bajando por la sabana árida de los bajos Andes, barrida por continuos vientos, que mostraba un rostro amarillo poblada de pastos secos, tolas, cardones y cocuyos.

El Negro no había podido evitar encontrarse con esa vieja cueva de cachirlas. A veces el instinto falla. El gaucho sentía que el alazán no se lo perdonaba. Había salido bastante ileso, sólo una pata averiada; pero su amo...

-No te preocupes, Negro- le dijo con voz quieta, como dirigiéndose a quien se sabe que sin entender, entiende. -Todo está bien...-

El caballo, con ojos tristes, no se movía.

Para animarlo, el hombre le dijo: -¿Recordás cuántos rodeos hicimos juntos? ¿Y tú nombre, ocurrencia de una chanza porque eras tan rojo de chico...? El Negro siguió teniendo los ojos tristes, que a veces oteaban la estepa árida sin encontrar salida. El dolor de la pata herida no le impediría galopar hasta el valle y la llanura. Pero no era el momento. La decisión era de Zenón, su amo. Eso significaba dejar el rebaño a su suerte.

-Esperemos que pase la noche, Negro. El frío podría matar a las ovejas. Mañana..., Dios dirá...-

El perro, advirtiendo la necesidad de su amo, se las arregló y puso el rebaño a buen resguardo. El gaucho prendió una modesta brasa con paja que sacó de su carriel. El cuerpo le pedía algo caliente, que no tenía; sintió la falta. Calentó un frasco con agua y lo bebió de un trago. Un viento helado bajaba de las cumbres llenando de humedad la atmósfera seca.

Miró a sus amigos. Ellos se arreglaban. El Negro mordisqueaba los pastos secos. El más necesitado era Manchado; a él le dio el resto de una ración de tocino que sobraba.

En la serena y fría quietud de la noche, todos esperaban ¿Sería ese día, finalmente, el último? -No- se dijo. Salvaría a su

tropa. Lo esperaban en el rancho, allá en la bajada. Echó un vistazo protector: las ovejas descansaban.

–¿Te acordás, Manchado, de aquel monte?- Una vez nos agarró la nevada con unas vacas... creíamos que no salíamos, pero aquí estamos-. El perro lo miró atento, con la lengua afuera.

–Pronto llegaremos a nuestro rancho. Allí nos espera el fuego amigo de nuestra vieja salamandra. Y pasarán estos fríos-.

El recio gaucho apretó los dientes como para medir sus fuerzas. Recordó su casa de arriero, llena de riendas, sogas de lana, cueros salados, pieles de zorro y aperos. Pero, sobre todo, pensó en aquella salamandra y en el fuego. Y en los patrones, que le habían encargado el arreo. Nunca en tantos años les había fallado. Luego se acurrucó envuelto en su poncho de lana de oveja con guardas negras, mirando las estrellas incendiadas.

–Pucha que son lindas- pensaba –Qué poco las he disfrutado-.

El día amaneció gris. No se veía ni una nube, ningún indicio del sol; un velo intangible cubría el páramo con una melancolía sutil. La nevisca intermitente y el frío produjeron en el baqueano una sensación extraña y sombría.

–No me gustaría morirme un día sin sol- se dijo. Pero no. Apartó ese pensamiento. Juntando fuerzas se incorporó, se subió al alazán y marchó hacia el este. Se salvarían...

Transcurrieron no sabía cuántas horas. Tenía los labios duros y le dolían los dedos de tener las riendas. A ratos movía los pies para sentirlos sobre los estribos. Iba encajado en el apero, agachado y soñoliento. Obstinado, seguía buscando la salvación de su rebaño.

Faltaba poco. Detrás de aquel monte estaba el valle, la casa imaginada, el fuego amigo de la salamandra oscura, y sobre todo, el deber cumplido. ¿Llegarían?

Por la tarde, el sol seguía sin aparecer, y eso era ahora cuestión de vida o muerte. Volvió a rechazar el pánico. Aceptarlo hubiera sido el final. Confinó este pensamiento a un lugar recóndito de su mente.

Su caballo, para no marearlo, regulaba el paso. El perro corría guiando como un experto hacia la estrecha senda a las ovejas perdidas. Se sintió animado; pasarían el monte nevado. Desde la cima avistaría el rancho y ellas seguirían solas.

Confiado en sus amigos, hasta trotó impaciente. En medio de esas piedras el Negro varias veces tropezó, se tambaleó, pero diestro a pesar de su pata dañada, lo cuidó con destreza.

Así llegaron, hombre y arreo, finalmente a la cumbre. Allá en el valle estaba el fin del recorrido. Se observaban, todavía lejos, el humo y el caserío. El grupo apuró el ritmo.

Pero, en una bajada, sucedió lo tan temido. Zenón Ceballos, como dormido, ya sin fuerzas, cuando el Negro volcó el lomo para sortear un declive, cayó. Se las arregló para caer parado, abrazando el apero. No quería que sus amigos sintieran otra vez que no habían cumplido. Un buen gaucho cae de pie de un montado.

Se irguió en un último esfuerzo, de frente, y miró el rebaño que caminaba rápido hacia los pastos verdes del valle. Por primera vez durante esos días vio su trabajo cumplido.

El gaucho trató de volver a montar. Allí se dio cuenta de que no podría. Lentamente, se sentó en el suelo y decidió que debía descansar.

Mientras se acomodaba en la oquedad de una roca, advirtió una sensación de bienestar. Ya no temblaba, y hasta le parecía que una cierta calidez inundaba su cuerpo aterido.

El perro lo miraba de cerca esperando la reacción. El Negro volvía y le pedía una nueva monta. Las ovejas, apegadas a su destino, seguían buscando el valle por la senda escogida.

El tiempo pasó. Al lado de Zenón estaban sus dos compañeros: el alazán, atento, aguardaba inquieto; el Manchado, echado, con ojos relucientes, lo miraba. Se sintió seguro junto a esas calladas compañías.

Manchado enroscó la cola sobre las patas delanteras y se sentó delante de él. Luego se acercó a su lado, se dejó acariciar y bajó las orejas. El calor y la seguridad del animal lo consolaron. El "Negro" miraba para otro lado, como no queriendo comprender lo que su instinto le decía: el fin estaba próximo.

Zenón comenzó a pensar en la idea de recibir la muerte con dignidad. Tuvo una última rebeldía: un gaucho avezado, un arriero de aquellos, no podía darse por vencido... Pero era humano y la fatalidad lo había alcanzado. Y lo más importante: el arreo llegaría seguro a destino; no había fallado.

Pensó en Dios. El gaucho no era muy religioso, sin embargo, el respeto a la naturaleza y a lo creado lo habían conectado con algo superior. En su rancho nunca faltaron una Virgen, un crucifijo. Este sentimiento se había manifestado en la nobleza que había puesto en todos sus actos y en su afán de hacer el bien, cueste lo que cueste. Se alegró de eso.

Con esta paz de espíritu llegaron los primeros atisbos de una mayor somnolencia. Había maneras mucho peores de morir. Sentía que estaba, tal vez y finalmente, por traspasar la frontera de la vida.

Sentado frente a él, esperando, se hallaba el perro. También su caballo, ese que conoció de potrillo y desde entonces nunca se habían dejado. Sabía que sus dos amigos no lo abandonarían hasta que diera el paso. Tratar de convencerlos sería inútil.

La naturaleza, luego de tantas luchas, lo estaba derrotando. Ahora se confundiría con ella, entregándose en sus manos. Pero, ¿estaba derrotado? Pensó en el trabajo siempre bien cumplido, y que el fin les llega a todos. Había librado un buen combate. En la postrimería, estaba en paz. Iba a yacer debajo del manto fino de sus pagos; qué mejor bandera. Con triste alegría, Zenón Cevallos se adentró en un plácido sueño final.

El día llegaba a su fin en un largo y lento crepúsculo. Al rato, los dos animales siguiendo el desgarrador impulso del instinto, retomaron su camino. Debían buscar nuevos fuegos; nuevos amos.